

men. Entonces había en la alameda, casi frente a la calle Monterrey, una cantina muy estimada: la de Ocambo Escalante. No sé si por lo raro del nombre —Ocambo— o porque el servicio fuera bueno, el hecho es que todos iban a tomar copas a ese lugar o a beber cerveza fría y mala, a la que siempre le ponían sal y acompañaban con galletas de soda. Hasta las señoritas encopetadas bebían frente al establecimiento de Ocambo, saludando desde los carruajes con largos “adióos”, a la usanza fronteriza.

Ocambo murió y con él la costumbre de servir cerveza en la alameda. La que fue su cantina se convirtió en puesto de policía. El cambio no pudo ser más brusco.

Hermosillo era una ciudad alegre. No había noches sin serenatas a las muchachas, acompañadas de libaciones más o menos intensas y ya comenzaba a ser diversión de importancia el ir al “dipo” (estación) para ver si de casualidad pasaba un amigo en el tren. Los carruajes tenían casi todos llantas de hule, caballos gordos y cocheros amables, que fiaban a cualquiera y se hablaban de tú con todo el mundo.

doctor. Lamentablemente, el doctor no pudo hacer nada por el niño. El niño murió a las pocas horas. (No suena bien).

El colegio de donora estaba situado en la calle de donora. Después del profesor Carlos M. Calleja — que vino para mirar copas — vino a dirigirlo el profesor don Felipe Saldaño, capitán del Colegio Militar. Y después de su porte militar y del uniforme que tenía en dar buenos ejercicios militares a todo el colegio don Felipe era un hombre bastante serio y cordial.

Fue la dirección del ingeniero Saldaño el colegio de donora tenía grandes profesores y su nivel era considerablemente alto. En su tiempo se hicieron estudios de todo género y hasta de la física. El prestigio del colegio era bastante alto a muchos jóvenes de otras ciudades que estaban seguros de aprender mucho en él. Que bien se estudiaba en el colegio. Las muchachas que iban a estudiar en él eran muy pocas.

— III —

A principios del siglo, Hermosillo tenía alguna personalidad. Eran los buenos tiempos de tiendas como “La Torre de Babel” y “La Ciudad de París” y ya cundía la fama de la “Mercería de La Paz”. Entonces estaba en su apogeo el Hotel Cambouston, que se anunciaba modestamente como “uno de los menos malos de la capital”. Entre los médicos mexicanos tenían prestigio Aguilar, Noriega y Caturegli y entre los anglo-americanos los

doctores Vanneman y Smith. Este último, además de usar una barba "a la Boulanger", lucía una hija muy linda llamada Perla (Perla Smith. ¿No suena bien?).

El colegio de Sonora estaba pletórico de alumnos. Después del profesor Carlos M. Calleja —severo, pero muy capaz— vino a dirigirlo el ingeniero don Felipe Salido, capitán del Colegio Militar. A despecho de su porte marcial y del empeño que tenía en dar buenos ejercicios militares a todo el colegio, don Felipe era un hombre bondadoso y cordial.

Bajo la dirección del ingeniero Salido, el colegio de Sonora realizó grandes progresos y aumentó considerablemente en alumnos. A su internado vinieron estudiantes de todo Sonora y hasta de la Baja California y Sinaloa. El prestigio del director atrajo a muchos jóvenes de otras entidades, que estaban seguros de aprender mucho en la flamante escuela primaria superior de Hermosillo. ¡Qué bien se estudiaba en el colegio! Los muchachos de quinto año sabían álgebra y geografía universal; y los del sexto, además de idiomas, habían cursado trigonometría, la gramática de Bello y Cuervo y la geografía de Schultz.

—Fila de la derecha, por el flanco derecho; fila de la izquierda, por el flanco izquierdo... ¡marchen!

Así ordenaba don Felipe con robusta voz y el colegio lanzaba hacia las calles los quinientos muchachos bullangueros. Afuera esperaban don Jua-

nito, con horchatas y "monas" (de harina de trigo) y el giiero "melcochero" que gritaba a todos pulmones: . . . *chapas y largas, niños... ¡Aquí está el que da barato!*

Los internos del colegio, presididos por Cristóbal Bon Bustamante, salían formados en dos hileras hacia el internado, que ocupaba la casa de Corral, en la calle de Morelos. No eran los mejores estudiantes.

A las doce del día —hora del bacanora— se animaba un poco la vida pitiqueña. Los empleados del gobierno pasaban por las cantinas del trayecto, a echarse la copita con sus amigos. Así lo hacían don Brígido Caro, don Benigno López y Sierra, Francisco Carmelo y los impresores como don Ireneo S. Michel y Jesús Siqueiros.

A uno cincuenta la hora, el novio daba vueltas en coche por la calle en que vivía su adorada, marcándose en surcos hondos las huellas del carruaje, en el piso de tierra. ¡Qué perseverancia! Toda la mañana o la tarde completa en pasar frente a la casa de la amada. Arrinconado en el asiento de atrás, el pretendiente pasaba y pasaba, logrando a veces enviar miradas o sonrisas a su caro amor. Así florecieron en Hermosillo los últimos romances.

De moda estaban también —¿por qué no decirlo?— las cantinas en que servían buenas "botanas". La del Chapo, por ejemplo. Más que por los vinos y licores, muchos jóvenes iban a ellas atraídos por la carne de puerco con chile colorado,

o la cahuama (1) fresca traída de Guaymas. (Enrique Celis es testigo).

Los domingos en la mañana se veían muy concurridas: la misa de diez en la Capilla del Carmen y la de once, en la Parroquia. Es que a tales horas iban a la iglesia las jóvenes más bonitas de la población y eso que bellas había en todos los sitios. La mayoría de los varones esperaban en el jardín vecino el paso de las muchachas. Después iban a tomar un refresco o un vaso de cerveza, en el lugar preferido; junto a la orquesta que plañía las piezas más en boga.

Las tardes de los domingos se dedicaban a brillantes juegos de beisbol. Fueron campeonatos sostenidos contra novenas de otras ciudades. El club Hermosillo se reforzó en el catcher Mangerina y el pitcher Gilroy, traídos de los Angeles. Ya habían pasado los primitivos encuentros en la Huerta de Vega, cuando todavía actuaban Félix Tonella, Francisco Millet, Felipe Seldner y Eduardo Ruiz. Aquellos desafíos en que se jugaba sin manopla, se tenía como lujo atrapar la bola con una sola mano y el catcher se colocaba cinco o seis metros del "home", estando autorizado para coger la pelota al primer bote.

Pero cuando florecieron Mangerina y Gilroy, el beisbol hermosillense llegó a su apogeo. Después de derrotar a Guaymas, Empalme, La Colorado y Nogales, la novena Hermosillo dió magní-

(1).—O caguama, como usted quiera escribirla, es una tortuga de mar. En México la sirve Cándido Madrid.

ficos juegos contra Tucson, Bisbee, Cananea y Douglas, en donde había también magníficos equipos. Entonces el club de Cananea era muy apaleador y los "pochis" del Tucson no solamente sabían mascar chicle, sino que jugaban pelota de muy buen estilo y le daban a la bola con facilidad. Douglas y Bisbee presentaban a veces ingenieros salidos de las grandes universidades anglo-americanas, donde el beisbol era tan estimado como el estudio de la geología.

¡Y qué bravos para gritar los hermosillenses! Cuando no podían ganar por las buenas, los chillidos del público o los naranjazos, hacían que la contienda se resolviera en su favor. Casi siempre Guaymas ganaba en Guaymas y Hermosillo en Hermosillo, y cuando quisieron dirimir la contienda en Empalme, se equilibraron las fuerzas de las porras y la lucha a gritos o a garrotazos resultó aún más reñida. Las excursiones de una población a otra, por acompañar al club preferido, se hacían en trenes especiales y a precios muy bajos. Por eso eran numerosas y entusiastas. A los de Hermosillo les decían en Guaymas "queliteros" y a los del puerto les gritaban en la capital "patas saladas". Pero a pesar de los numerosos gritos y de los garrotazos que a veces resonaban, esas excursiones servían para fomentar un mejor entendimiento entre las ciudades rivales. Comenzaba a propagarse el turismo interior.